

Erasmus, sino el que había aprendido en la escuela del gran cardenal Jimenez de Cisneros.

Pero si no comprendió la reforma eclesiástica como Erasmo, tampoco era esclavo de la curia, pues que siendo ya cardenal combatió la nueva doctrina de la infalibilidad del Papa como la había combatido ya siendo catedrático en Lovaina. Así, cuando en 9 de enero de 1522 fué elegido sucesor de Leon, con gran sorpresa suya y del mundo entero, se propuso gobernar como le mandaba su conciencia. Ya en camino para Roma revocó todas las reservas y expectativas concedidas sin aprobación papal; antes de entrar en la ciudad eterna quitó á los miembros del sacro colegio el derecho de asilo, y al suplicarle que hiciera gracia á un asesino, contestó: «Hágase lo que sea justo, aunque se hunda el mundo.»

Como ejemplo de los contrastes de civilizaciones que se veían todavía entonces en Roma, diremos que reinando á la sazón la peste en la ciudad, un mágico griego, antes de la llegada del Papa, paseó un toro por las calles y lo sacrificó al estilo antiguo en el Coliseo para aplacar con aquel sacrificio á los malos espíritus; y en cambio, los que salieron á recibir á Adriano á su entrada llevaron una imagen de la Virgen, acompañada de 500 niños desnudos que se azotaban en señal de penitencia.

Este Papa, habituado á la vida de la clase media, solo gastaba un ducado diario, que él mismo entregaba cada noche para el día siguiente. Su horror á las estatuas de los dioses antiguos colocadas en el Vaticano, su ignorancia de la lengua italiana, los flamencos paisanos suyos de que se rodeaba repugnaban á los romanos, que le habían recibido con júbilo y veneración á su llegada; y él, que mas á gusto que en un palacio hubiera estado en una casa particular estudiando y escribiendo, se vió enredado en una lucha continua y sin esperanzas de éxito con la Roma de sus antecesores. En efecto, en Roma la gente ilustrada y no ilustrada se mofaba de aquel Papa rústico, al cual atribuían vicios secretos, ya que su vida pública en la parte moral no daba pábulo á críticas, mientras él en el primer consistorio reconvinó á los cardenales por su tolerancia de los vicios que en Roma dominaban. Trató Adriano á estos príncipes altaneros de la Iglesia como cualquier abad trataría á sus frailes, y creía que 6,000 ducados de renta anual bastaban para un cardenal, sin considerar que el cardenal Grimani había dado por un solo pez diez y ocho ducados, para un banquete que celebró. Hasta para sus propios parientes, dice Jovio, era Adriano duro, tacaño y tosco; y de la corte del Vaticano expulsó una turba de músicos, poetas, caballeros y otros innumerables parásitos. ¿Qué podían esperar de semejante Papa los cazadores de prebendas que de todos los países de la cristiandad acudían á Roma? No es extraño que uno de estos se atreviera á levantar contra él su puñal.

No puede decirse que Adriano estuviera completamente solo con sus proyectos de reforma entre el clero romano, porque hasta personas como Alejandro opinaban que algo debía hacerse para extirpar los abusos mas escandalosos. Al saludar al Papa á su llegada el decano del sacro colegio, el español Carvajal, pidió una reforma de la Iglesia para que no pareciera por mas tiempo exteriormente una sociedad llena de pecados, y Egidio de Viterbo, cardenal y general de la orden de San Agustín, entregó al Papa un proyecto minucioso, señalando claramente los abusos en la concesión de prebendas, las extorsiones de la Dataría y el exceso de las indulgencias, y diciendo que este exceso producía un deseo ilimitado de pecar. Pero cuando Adriano comenzó á reformar la institución de las indulgencias; cuando quiso simplificar la organización de la hacienda y la jurisdicción de la curia; cuando anuló todas las expectativas concedidas por

Leon X, los políticos prácticos del sacro colegio le enseñaron el tesoro vacío, demostrándole cuán indispensables eran aquellos recursos tan reprobados; y así resultaron irrealizables como la reforma de la curia, á pesar de la buena voluntad del Papa, los demás proyectos de reforma. Idea ciertamente seductora fué, como dice Hofler, transformar á Roma en un gran campamento espiritual y en centro del movimiento de la reforma eclesiástica, á lo cual tendía también el consejo de Erasmo, que, como siempre, quería encargar el arreglo de la contienda eclesiástica á una reunión de sabios dignos y desapasionados; pero el mismo Erasmo rechazó la invitación de ir á Roma y hasta vaciló en escribir contra Lutero. En general se ve que existía un abismo entre el modo de ver del ex-inquisidor general de España y el de sus consejeros humanistas, por ejemplo, Erasmo y Vives, que con sus proposiciones ya de una asamblea de sabios, ya de un concilio general, no querían ni debates dogmáticos, ni medidas brutales; tanto que Vives se lamenta en su carta al Papa de que por ambas partes en lugar de tratar de la enmienda propia solo se pensaba en el aniquilamiento de los contrarios, y Erasmo dijo que si se trataba de matar no se necesitaba su consejo. En efecto, el papa Adriano se había propuesto, no solamente hacer la reforma de los abusos eclesiásticos y establecer la paz entre las potencias cristianas, sino también emprender una gran campaña contra los turcos y el exterminio de los herejes. Tenía que caer Lutero para que Adriano pudiese realizar sin estorbo alguno su reforma de la Iglesia de arriba abajo. Esta era también en esencia la misión que el Papa encargó á su nuncio Francisco de Chierigati (Chiericati), obispo de Teramo, que participaba enteramente de sus ideas, cuando fué al parlamento de Nuremberg. Razon tuvo el cardenal Soderini, astuto florentino, cuando, según refiere Sarpi, quiso disuadir al Papa de hacer al parlamento ningun ofrecimiento de reforma. Creía inútil tal ofrecimiento, si bien el remedio que propuso en cambio, una cruzada contra los herejes, no era menos inútil además de irrealizable.

Adriano, en su breve dirigido á los Estados del imperio, pide á estos que condenen á Lutero, siguiendo el *santo y glorioso* ejemplo de sus antepasados, á sufrir la suerte de Hus y de Jerónimo de Praga. Mas fuerte fué todavía el lenguaje de un escrito que dirigió al elector Federico y en el cual vierte el piadoso Papa todo el cáliz de su amargura sobre Lutero, á quien llama miserable *que no cesa de vomitar su borrachera* y que predica una vida de bestial desenfreno (1). También acusa al elector de haber perseguido á la Iglesia de Dios mas que Saulo y le amenaza, no solamente con la venganza divina, sino también con la espada de los apóstoles y del emperador. Chierigati, después de haber comunicado en una audiencia secreta al archiduque Fernando las intenciones del Papa, tuvo cuidado de no mencionar siquiera el nombre de Lutero al presentarse por primera vez ante el parlamento. Después alabó mucho en presencia de Planitz al elector Federico, y dijo, hablando de los comienzos de Lutero, que si se hubiera detenido en ellos y no hubiese pasado adelante habría sido venerado como un Dios. Planitz correspondió negando toda relación de su elector con Lutero desde el parlamento de Worms y recomendó como mejor solución de la contienda eclesiástica la idea de Erasmo de someter la cuestión á una asamblea de los hombres mas doctos. Inmediatamente después de esta entrevista, pidió Chierigati al parlamento el exterminio de la herejía luterana, pero solo gradualmente comunicó sus instrucciones. Estas

(1) Esto es sin duda bastante fuerte, pero no tanto como lo que Lutero había dicho y escrito y decía y escribía diariamente contra el pontificado, la Iglesia y los eclesiásticos. (N. del T.)

comprendían una confesión franca de los pecados del papado y hacen gran honor á la sinceridad y veracidad del papa Adriano VI, que en ellas considera la herejía alemana como un castigo de Dios por los pecados de la humanidad y en particular de los sacerdotes y prelados, diciendo: «Sabemos muy bien que en esta Santa Sede se cometen cosas abominables desde hace muchos años; se abusa de las cosas espirituales, se infringen los mandamientos y, en fin, que todo se ha trocado en lo contrario; por manera que no hay que admirarse de que el mal haya pasado de la cabeza á los miembros, de los papas á los prelados y al bajo clero. Todos nosotros, es decir, prelados y clérigos, nos hemos apartado de la senda recta, y hace tiempo que no ha habido ninguno que haya obrado bien, ni uno solo.» El nuncio, en cambio de la reforma prometida por Adriano y de la promesa de la estricta observancia de los concordatos celebrados con los príncipes, pidió la ejecución, aplazada hasta entonces, del edicto de Worms.

La ignorancia romana respecto de las condiciones de Alemania se opuso esta vez como tantas otras á la realización de las esperanzas del Papa. Su confesión franca de la corrupción existente hizo profunda impresión sobre aquella asamblea, cuya mayoría estaba penetrada de ideas de reforma eclesiástica. En Nuremberg encontró el nuncio una mayoría eclesiástica, pero aquellos eclesiásticos se entregaban á todos los placeres mundanos con la mas asombrosa ingenuidad diciendo, según refiere el nuncio, que eran príncipes y que cuando iban á un baile estaba suspendida su dignidad de prelados. No tardó Alejandro en vituperar que se hubiesen confesado las culpas del papado, diciendo que había sido observar una política completamente equivocada, que hacia á los luteranos mas soberbios y disgustaba á los demás alemanes. Mientras al clero disgustaban las indiscreciones del Papa, el nuncio excitó el disgusto de los partidarios de Lutero con sus acusaciones inmotivadas contra los predicadores de Nuremberg, pidiendo su inmediata prisión, lo cual suscitó una tempestad de indignación en toda la ciudad que estuvo á punto de sublevarse. Pronto quedó el embajador impuesto del espíritu dominante, porque escribió á la marquesa de Mantua que la causa de Lutero había echado raíces tan profundas que mil personas no eran suficientes para desarraigarla. Lo mismo con corta diferencia escribió el archiduque Fernando á su hermano, á saber: que la causa de Lutero estaba tan arraigada en todo el imperio, que entre mil personas no se encontraba una que estuviese completamente libre del influjo de su doctrina, y que nada se lograría aunque se quemase á Lutero y á su príncipe elector, pues donde estaban tres alemanes reunidos, había á lo menos entre ellos dos luteranos.

Este estado de fermentación general no podía menos de influir sobre las resoluciones de los miembros del parlamento, cuya atención se fijaba además en la guerra encendida por Sickingen y en las contiendas entre los príncipes y las ciudades. En el gobierno instituido por el emperador, Lutero había perdido terreno, porque además del joven lugarteniente imperial el archiduque Fernando y del cardenal Mateo de Salzburgo, la Iglesia tenía un ardiente defensor en la persona del elector de Brandeburgo, que no podía tolerar los insultos que Lutero dirigía al sacramento de la comunión y á la Virgen, á la cual negaba la virginidad. A pesar de esto nada se llegó á decidir por el gobierno ni por el parlamento respecto de la ejecución del edicto de Worms. Unicamente se nombró una comisión para deliberar sobre la contestación que debía darse á la solicitud del Papa. Esta comisión estaba compuesta de cuatro clérigos y otros tantos seglares; á la cabeza de los primeros figuraba el arzobispo de Salzburgo, y entre los laicos el caballero Juan de Schwartzberg, juris-

consulto, contra el cual nada pudieron ni el arzobispo Mateo Lang ni Cristóbal Stadion. Era Schwartzberg superior á casi todos sus colegas de la caballería alemana por su fuerza y estatura colosales; y después de haber pasado su juventud tempestuosa en justas y banquetes, se hizo cultivador incansable del campo científico. El abrió la senda á la reforma del famoso código criminal llamado de Carlos V y publicado en 1532, y también brilló su nombre en la literatura popular de su tiempo, por él enriquecida con poesías didácticas y arreglos de algunos escritos morales de Cicerón. Aquel hombre, que merecía el título de noble, luchó de palabra y obra contra los infames ladrones y asesinos, sus compañeros de clase, é impulsado á comunicar á sus contemporáneos sus estudios clásicos y de la Biblia, empezados mucho antes que Lutero, expuso sus dudas respecto de la Trinidad, del libre albedrío y de la predestinación, y las resolvió en un sentido muy distinto del de Lutero. Con éste estuvo en correspondencia en 1522, tratándose de los puntos capitales de la nueva doctrina, á saber, la cuestión de las imágenes y la relación entre el Evangelio y la justicia terrenal, cuestiones que como hombre político y de ley miró de una manera muy distinta que Lutero. No sabemos cómo logró este caballero que la comisión nombrada contestara á la petición principal del Papa. La comisión en su dictamen se expresó con gran elogio respecto de las promesas del Papa, pero se negó á emplear la fuerza y á ejecutar las resoluciones de Worms, alegando que semejantes medidas conducirían á la supresión de la verdad evangélica y provocarían la revolución que amenazaba estallar. Como mejor y único remedio recomendó la convocación de un concilio cristiano libre con completa igualdad de derecho para el clero y los laicos, cuyo concilio debía reunirse en una ciudad alemana. En cambio de esto proponía prohibir á Lutero y á sus adeptos toda nueva publicación revolucionaria ó que diera escándalo, y obligar á los predicadores á que se limitaran á predicar el Evangelio conforme á la verdadera interpretación cristiana. La comisión encomendaba á las autoridades eclesiásticas la vigilancia de la prensa y del púlpito, así como el castigo de los sacerdotes casados y de los frailes que abandonasen las órdenes (14 enero de 1523). De las quejas de los Estados laicos de Alemania se dió traslado al nuncio.

En la comisión mayor de los Estados hubo todavía algunos escrúpulos. El clero, que según escribe Planitz quería aparecer piadoso, justo é inmaculado como si jamás hubiera dejado de serlo, consiguió que se tachara un trozo en el cual se repetía la confesión de las culpas que contenía la instrucción del Papa, y también que se eliminara el pasaje que exigía el mas absoluto silencio respecto de Lutero y de sus adeptos. Por lo demás el dictamen le conservaba su jurisdicción ordinaria. Lo que no pudo lograr fué que se enseñara el Evangelio según la interpretación de los cuatro padres de la Iglesia, y para salir del compromiso se convino al fin por una y otra parte en la cláusula de que el Evangelio se enseñara según la doctrina é interpretación de escrituras reconocidas y aceptadas por la Iglesia cristiana. Lo principal fué siempre que el parlamento se negó á cumplir el edicto de Worms y pidió que el asunto de Lutero se sometiera á un concilio, prescindiendo por consiguiente de que este asunto era ya cosa juzgada. En este arreglo cupo la parte del león á los reformistas, y Ranke pudo decir con razón que en cierto concepto estas resoluciones de Nuremberg fueron justamente lo contrario de las de Worms, si bien yerra al creer que el gobierno del imperio se había puesto á la cabeza del movimiento nacional. Las concesiones que resultaban hechas á las tendencias reformistas eran probablemente en gran parte fruto del temor de un formidable estallido de las pasiones

populares, temor que dominaba á la mayoría de los miembros tanto del gobierno imperial como del parlamento. Grandísima era con todo la ventaja que concedió á la reforma religiosa el nuevo aplazamiento de toda decision; porque cada año que pasaba era una ganancia inapreciable para la causa de aquella, cuyo paulatino arraigo y robustecimiento hacia cada día mas difícil toda tentativa futura de represión. Se comprende, por lo tanto, la protesta indignada pero inútil del nuncio contra estas resoluciones que fueron publicadas en el mes de marzo de 1523 en forma de edicto imperial. Chiaregati dice que no habria sido posible pensar siquiera en cometer semejante atentado contra el Papa, el emperador y el honor del imperio si Carlos V hubiese estado presente, aunque no reinaba entonces entre él y el papado el mejor acuerdo en las cuestiones de la gran política. Fué un eslabonamiento singular de circunstancias el que procuró á la causa de Lutero en aquellos años una proteccion indirecta contra todo acto hostil de fuerza, aunque ninguna proteccion oficial encontró en las potencias. Carlos V tenia su atencion completamente absorta en su guerra titánica con la Francia; el piadoso Adriano se vió tan ocupado con cuestiones puramente políticas, que no le quedó apenas tiempo para pensar en la herejía de los alemanes, y el gobierno instituido en el imperio se encontró demasiado ocupado por el levantamiento de la turbulenta nobleza y por sus consecuencias para intervenir en las perturbaciones religiosas.

Mientras los príncipes alemanes estaban ocupados en el nuevo gobierno del imperio y las ciudades tenían suficiente trabajo luchando por su posición y sus privilegios, la nobleza baja, exacerbadamente hacia tiempo, echó mano á las armas. Aquellas fuerzas brutales que se habian empleado durante decenios en atacar á la sociedad, se unieron entonces al parecer, y si se hubiesen dejado acaudillar por un jefe como Sickingen, habrian podido acabar con el orden antiguo de todo el imperio.

Sabidas son las causas económicas y militares que condujeron gradualmente á su ruina material á los *condes, caballeros y nobleza comun* en todas sus gradaciones. Para convenirse de la miseria de aquella clase noble que representaba la fuerza armada del imperio, baste saber que una parte no insignificante de la nobleza territorial bávara no pudo cumplir con el llamamiento de su duque en el año 1525, porque habia nobles que ni siquiera tenían caballo, otros que no poseían mas que una pequeña casa de labranza en la cual trabajaban ellos mismos con su mujer é hijos, teniendo por toda renta anual unos veinticinco florines y á veces solo catorce, y muchos de los que se presentaron hubieron de ser enviados de nuevo á sus casas á causa de su mal armamento. Estos pequeños señores territoriales habian solicitado antes como las ciudades el privilegio de depender directamente del imperio, es decir, de ser soberanos dentro de su territorio respectivo, para lo cual habian formado sus ligas. A fines del siglo xv una de estas ligas bávaras, llamada del Leon, sostuvo un rudísimo choque con los duques para conservar su soberanía particular; pero ya las ligas antiguas de la nobleza media y baja habian desaparecido y los nobles se limitaron á conservar cierta independencia de sus duques ó príncipes. Una parte de la nobleza de la Alemania del Sur encontró cierto amparo en la liga de Suabia, mientras sus colegas de la Franconia y del país del Rin, á pesar de ser feudatarios directos del imperio y como tales estar exentos de toda contribucion é impuesto, solo pudieron oponer á las invasiones de los príncipes las inútiles quejas y recursos escritos que formularon y presentaron en el año 1523 al parlamento. En estas quejas se pueden observar muy bien los medios

empleados por los príncipes para extender su dominio sobre la nobleza inferior, valiéndose de su jurisdiccion territorial y de las formas exóticas del derecho romano, dificultando la apelacion al imperio y exigiendo contribucion á los súbditos de los nobles. Así la baja nobleza se veía con mucha frecuencia en la imposibilidad de resistir á los señores mas poderosos. Cuando el emperador Maximiliano quiso proteger á la nobleza dependiente del imperio en 1517 con la creacion de una jurisdiccion de clases, pidiendo en cambio una formal renuncia á las extorsiones y robos de la nobleza, los magnates no aceptaron su proposicion.

Esta clase, que cometia las brutalidades mas horribles, se quejaba de la opresion y fuerza brutal empleada contra sus individuos por los príncipes y reclamaba el respeto á sus derechos, calificando de justa defensa sus propias brutalidades. A la sazón, en gran parte de Inglaterra, Francia y Países Bajos la nobleza explotaba personalmente sus posesiones y se dedicaba al comercio y á los negocios de banca, sin creer deshonrosas tales ocupaciones; pero en cambio no puede compararse la vida de un noble veneciano ó de un noble campesino de Inglaterra con la miseria de un caballero de Franconia, que disfrazado en traje haraposos de aldeano acechaba detrás de las matas las galeras de los comerciantes y otros viajeros para asaltarlas y oía por las noches desde sus castillos solitarios aullar los lobos que poblaban el bosque alrededor. Uno de estos nobles, menos perverso, Gotz de Berlichingen, refiere con satisfaccion cínica los preparativos de una expedicion de robo á la cual da el nombre de negocio y dice: «No quiero ocultar á nadie que tenia intencion de hacer la guerra á los de Nuremberg, y pensando en esto me dije: es preciso tener una disputa con el obispo de Bamberg para que se comprometan en ella tambien los de Nuremberg.» El noble Tomás de Absberg se divertia cortando las manos con el hacha á los que robaba, y el citado Gotz, si no llegaba á ser tan perverso, amenazaba á sus prisioneros con el mismo castigo; para espantarlos les hacia poner las manos sobre el tronco como si fuera á cortarlas, y para reirse echaba despues á patadas y á bofetones á los pobres que presenciaban la escena. En la Marca, es decir, en Westfalia, se divertian aquellos nobles en mutilar á las mujeres, casadas y doncellas, y para saber lo que era la nobleza de aquella época basta leer la orden que una dama noble, la señora Agueda de Odheimer, dió á sus hombres de armas: «Si un comerciante no os cumple lo que os ha prometido, cortadle las manos y los piés y dejadle abandonado en el camino.»

Aquello fué un horripilante abismo de barbarie, cuyas señales se encuentran tambien en el mismo Hutten cuando describe con repugnante satisfaccion las crueldades practicadas en contrarios inermes. Tambien él atacó á tres abades en medio de una carretera; arrancó 2,000 florines á los carujos de Estrasburgo, cuyo prior habia insultado su retrato, y segun Erasmo afirmaba, cortó las orejas á dos frailes predicadores, cosa que desgraciadamente puede muy bien creerse; porque Hutten, á pesar de sus estudios humanistas, tenia todas las pretensiones de noble y calificaba de diversion de nobles el robo en los caminos. Al lado de aquellos nobles facinerosos habia algunos, aunque raros, ejemplos mas humanos, como aquel conde de Zimmern, que al morir aconsejó á su hijo que tuviese amor á su gente pobre y no pegase á ningun siervo; ó como aquel caballero de Franconia, en la época husita, que oraba diariamente por sus labradores como por sus padres, porque le mantenian con su trabajo. Pero estos ejemplos son una gota de agua en el mar y desaparecen al lado de la masa de los nobles que vivian solamente del robo y de la matanza, ó como ellos decian, de cazar, aunque algun día les costara la vida cuando los campesinos ca-

yesen en mayor número sobre ellos y los degollaran, ó las ciudades les hicieran prisioneros y los ahorcaran. Aquellos bandoleros no se diferenciaban de los criminales comunes sino por su orgullo de nobles y su oficio de armas. Muchos se esforzaron por comenzar su árbol genealógico en época legendaria; algunos ponian el tronco en la época de la guerra de Troya y los mas modestos en la época romana. Los nobles de Franconia estaban imbuidos de la conciencia de ser ya por su nombre de francos nobles y caballeros. En un diálogo entre un zorro y un lobo, dice este último: «Bien sabes tú que nuestros padres nos han criado en toda libertad é insolencia, y no nos han impedido nunca atacar á otros sin mirar si eran enemigos ó amigos; y esto lo hemos convertido en derecho y hemos llegado á creer que todo lo que vemos en el campo abierto nos pertenece, como si el emperador nos lo hubiese concedido en feudo.» Para aquella gente el lujo y la riqueza de las ciudades eran un robo y una extralimitacion, y se quejaban de que el lujo de las ciudadanas rebajaba la consideracion que se merecian las mujeres nobles y hasta les quitaba ocasiones de casarse.

No hay que decir que la gran masa de aquella nobleza desconocia los estudios y las letras humanistas; de suerte que solo contados individuos tomaron interés y parte en el movimiento humanista, como por ejemplo Hutten, Eitilwof de Stein, Schwarzenberg y el austriaco Herberstein. Mucho mas interesaron á semejante nobleza facinerosa y brutal la sublevacion de Lutero contra el poder eclesiástico y su llamamiento á las conciencias, porque en esta materia podian hablar tambien los ignorantes, los que no tenian estudio ninguno; y no tardó Lutero en dirigir su famosa carta á la nobleza cristiana, á la cual explicaba lo que tenia en el corazon. Segun él, lo que habia que reformar no era solo el clero, sino tambien la gente de ley y los comerciantes que necesitaban ser corregidos. En la dedicatoria de su escrito sobre la confesion, que publicó el 1.º de junio de 1521, se dirige á Sickingen «como su particular señor y patrono,» y compara la conquista de la tierra de Canaan, en la cual el Señor mató á todos los habitantes, con la guerra que debia hacerse al clero impenitente; «que continúe así, dice Lutero, haciendo lo que no se quiere y lo que no se debe sufrir de él, y si no se mejora, vendrá otro que no hará lo que Lutero, esto es, amonestarle con cartas y palabras, sino que le enseñará con obras.» Despues de su regreso del castillo de Wartburgo, en un escrito dirigido á Hartmut de Kronberg saluda á los nobles grandes y pequeños y á todos «sus amigos en la fe,» á Sickingen, Hutten y demás, y les exhorta á que se alcen «contra la tiranía papista.» Dice que al leer el escrito del mismo Hartmut, cuyas palabras venian del corazon, le parece que le ha venido á visitar Cristo; porque el citado caballero le habia enviado algunas de sus cartas abiertas dirigidas al Papa, al emperador, á las órdenes mendicantes y á los suizos en pro del Evangelio; proponiendo que el emperador tratara primero de vencer al Papa de buenas á buenas y en caso de no conseguir nada usara de la fuerza y se sirviera para la lucha de los bienes llamados eclesiásticos, pero que en realidad eran anticristianos. Esta idea de arrebatar al clero los bienes de la Iglesia se encuentra ya mencionada en los escritos de Hutten y de otros jefes del movimiento humanista. No fué solamente el fantástico caballero de Kronberg, en cuya casa el predicador Miguel Styfel habia encontrado asilo, el que escribió á su manera en favor de la reforma religiosa, sino tambien el mismo Sickingen tomó la pluma, ó prestó por lo menos su nombre á un escrito en el cual trató de convertir á la reforma religiosa á su cuñado. Entonces, es decir, en 1522, fué cuando Sickingen pareció inclinado á prestar oidos al consejo de su amigo Hutten, de ejecutar, como otro Ziska

aleman, el juicio condenatorio del clero y librar á la Iglesia del peso de sus riquezas.

Este plan no iba solo dirigido contra los clérigos. El ataque contra un príncipe eclesiástico soberano, proyecto que ya habia concebido Sickingen durante el parlamento de Worms, debia por una parte aumentar la excitacion de la nobleza, y por otra producir el efecto de una amenaza indirecta á los príncipes laicos. En toda la Alemania, en el Norte como en el Sur, la paz entre los príncipes y la nobleza, cuando existia, era solo una tregua interrumpida á cada momento, y el ejemplo de la conducta que Sickingen habia observado con el duque de Lorena y el landgrave de Hesse, no era para olvidado. Particularmente la nobleza de Westfalia se habia mostrado turbulenta é indócil, y el elector Joaquin, despreciando sus amenazas y no importándole pasar por enemigo de toda la nobleza, entregó al verdugo á los salteadores nobles que pudo haber á las manos. Este príncipe, que estaba á la altura de su época en el buen sentido, puede ser considerado enfrente de aquella nobleza salvaje como un sér superior, pues aquellos nobles solo se distinguian de la gente mas baja de su tiempo por su posición privilegiada. La ignorancia de estos señores no les impedia desobedecer la voluntad del elector, continuar siempre que podian en su guerra contra todos y formar ligas con la nobleza de otros países, de lo cual se quejó el elector Joaquin en la reunion de sus Estados en 1522. En el Sur de Alemania la liga de Suabia fué el terror de los nobles bandoleros, sobre todo desde la toma del castillo de Hohenkrahén en 1512, que á pesar de su fama de inexpugnable sucumbió ante la artillería á los tres dias de sitio. Y sin embargo de las campañas victoriosas de Wurtemberg contra aquella nobleza, fué herido mortalmente un miembro de la liga, el conde Joaquin de Ottingen, por el ya citado cortador de manos Tomás de Absberg, que tambien cercó en 1522 la ciudad de Nuremberg, donde estaba el gobierno del imperio, y devastó y saqueó todo lo que pudo, hiriendo y cortando las manos á no pocas personas. El representante de una ciudad cerca del gobierno, que regresaba á Francfort, no cayó en manos de aquel feroz noble porque logró pasar disfrazado de oficial de sastrero.

Los condes y señores nobles de Suabia se prepararon entonces, contra la voluntad decidida del emperador, á separarse de la liga de Suabia y á formar una asociacion particular.

Todos estos diminutos soberanillos que solo tenian poder para hacer daño, como cualquier criminal vulgar, se alentaron muchísimo mas al ver que Sickingen iba á hacer la guerra á uno de los grandes príncipes de Alemania, al arzobispo de Tréveris. No hay que pensar que toda la nobleza alemana se pusiera á disposicion de su colega; pero ya era una ventaja para él que la nobleza del alto Rin y de los territorios del centro formaran una sociedad y le eligieran en su reunion de Landau por capitán, estando además abierta la sociedad para el ingreso de príncipes y ciudades, excepto para los clérigos. Esta posición habria sido realmente importante si Sickingen hubiese salido vencedor en su empresa; pero Sickingen tampoco tenia mas planes ni proyectos que los de dar golpes de mano de salteador de caminos, importándole muy poco la reforma política ni la religiosa. Se le han atribuido toda clase de proyectos; se ha dicho que queria devorar á todos los príncipes incluso los príncipes electores, y por supuesto los eclesiásticos; que queria formar un ducado de Franconia y un reino del Rin, y aun que queria hacer una alianza con el pueblo turbulento; pero lo único que puede probarse es que Sickingen, desengañado respecto del fruto de su campaña contra Francia por no haber sido recompensado ni indemnizado por el emperador, estaba decidido á

formarse un principado y en él, como dijo su primo Kronberg, hacer una abertura al Evangelio para darle aire. La causa del Evangelio y el castigo del clero impenitente eran cosas que le daban un buen pretexto para fomentar sus intereses particulares; y entonces la secularización de los bienes de la Iglesia era una idea que estaba en la atmósfera. El arzobispo de Tréveris, Ricardo de Greiffenclan, era uno de los adversarios de Lutero y además amigo de Francia, y así le declaró Sickingen la guerra en 27 de agosto de 1522, bajo el pretexto de que el citado arzobispo había obrado contra Dios, contra el emperador y contra los intereses y el orden del imperio. Sus jinetes llevaban en las mangas un letrero que decía: «Señor, hágase tu voluntad,» para dar á su empresa el color de guerra santa, como anunció también en su manifiesto, en el cual llamaba á sus hombres de armas «caballeros de Cristo.» Poco antes Lutero había escrito á uno de sus amigos aludiendo á Sickingen y á Hutten: «Mis caballeros tienen tanto entusiasmo por el Evangelio que están prontos á sacrificar en su defensa vida y haciendas.»

Sickingen, bajo pretexto de enganchar soldados para el emperador, reunió un pequeño ejército entre cuyos capitanes figuraban los condes de Furstenberg, Zollern y otros, varios caballeros de Franconia y del Rhin, y al lado de Hutten y Kronberg otros nobles de pésima fama, como Tomás de Rosenberg. Sin aguardar los contingentes prometidos de la Alemania del Norte y de los Países-Bajos echóse sobre el territorio de Tréveris, y la rendición de la pequeña ciudad de Sanct-Wendel le pareció un feliz augurio, tanto que habló ya con sus prisioneros nobles de hacerse proclamar príncipe elector de Tréveris. Sin embargo, el elector, abandonado por el arzobispo de Maguncia, en cuya corte Sickingen tenía muchos favorecedores, se arregló con los soberanos del Palatinado y de Hesse y dirigió en persona la defensa de su capital, porque aquel prelado, prescindiendo de su dignidad de arzobispo, era un guerrero valeroso é inteligente que entendía algo de artillería. Mandó, pues, quemar el convento de San Máximo, situado en posición fuerte en las afueras de la ciudad, á fin de que no pudiese servir de abrigo al enemigo, y se rodeó de los vecinos de Tréveris tanto de la población rural como de las inmediaciones, sin exceptuar el clero, todos los cuales acudieron armados y decididos como su pastor á defender la ciudad hasta el último extremo. Fué un capricho singular del destino que el primer levantamiento armado á favor de la causa de la reforma se estrellara contra un soberano y príncipe de la Iglesia mundano, cuya artillería respondió vigorosamente á la de los sitiadores. Ninguno de la población hizo el menor caso de los escritos arrojados á la ciudad, en los cuales Sickingen se declaraba amigo de los ciudadanos y enemigo del clero. Tampoco llegaron á reunirse con Sickingen los contingentes prometidos, y en 14 de setiembre levantó el sitio principiado el día 8. En su furor devastó y asoló á fuego y sangre el país abierto y rechazó en su campamento con mofa la orden del gobierno que le mandaba respetar la paz, contestando al mensajero que él haría prevalecer otro derecho mejor que el del emperador. Pero al fin tuvo que retirarse sin lograr nada, y no pudiendo realizar el proyecto que concibió entonces de entrar con sus tropas al servicio del emperador, y encontrándose mal de salud, volvió á su castillo de Ebernburg, donde supo que el gobierno le había declarado fuera de la ley en 1.º de octubre de 1522.

Los tres príncipes aliados, de Tréveris, del Palatinado y de Hesse, se hicieron la justicia por su mano sin hacer tampoco caso de las órdenes del gobierno de Nuremberg, y ejecutaron por su parte lo que Jorge de Sajonia había aconsejado al gobierno desde el principio de la guerra, esto es, des-

truir los nidos de los nobles salteadores. Los citados príncipes y la liga de Suabia tomaron en el mismo otoño de 1522 el castillo de Kronberg y algunos castillos mas, continuando la guerra durante todo el invierno. En la primavera de 1523 atacaron el mismo castillo de Ebernburg, sin hacer caso de los ofrecimientos de mediación del gobierno ni de los falsos rumores esparcidos para hacer creer que el emperador ayudaba á Sickingen. Esto último tenía cierto fundamento indirecto, porque el gobierno del imperio, al verse también desobedecido por los príncipes, se inclinaba casi del lado de los nobles; por manera que el canciller de Sajonia escribió en el mes de noviembre que si entonces se hubiese de declarar á Sickingen fuera de la ley, no se haría sin escucharle antes. El desprecio que hacían los tres príncipes citados de las órdenes del gobierno llegó hasta obligar al arzobispo de Maguncia á pagar 25,000 florines de multa por haber fomentado la guerra de Sickingen, y esto á pesar de que el de Maguncia quiso someter su conducta al tribunal del imperio.

Antes de emprender Sickingen su guerra, un amigo le había recordado que un astrólogo de fama le había pronosticado que un prelado amenazaría su vida y hacienda á los veintitres años. No esperó Sickingen inactivo el ataque, y se dice que al rechazar la oferta de mediación hecha por el lugarteniente y el gobierno del emperador, contestó que su misión era divina y que Dios le había impuesto el deber de ser el azote del clero; pero todos sus preparativos fueron insuficientes: ni la nobleza del país, á pesar de su excitación, dió pruebas de querer intervenir energicamente y de obra á su favor, ni tampoco produjo resultado ninguno la propaganda que Kronberg y otros amigos hicieron en Bohemia y en los países vecinos, ni produjeron resultado ninguno las súplicas de auxilio que dicen dirigió Sickingen á la corte de Francia. A fines de abril de 1523 vióse cercado súbitamente en su castillo de Landstuhl por el grueso de las fuerzas de los tres príncipes enemigos suyos, viéndose á uno de ellos, el landgrave Felipe de Hesse, siempre en las primeras filas de los soldados. Sickingen, á pesar de haber hecho la guerra empleando las armas modernas, la infantería y la artillería, confió en la posición fuerte de su castillo, cuyas obras de defensa había aumentado; pero vió que al primer día en que se rompió el fuego contra la plaza quedó arruinada la gran torre, á pesar de tener sus muros veinte piés de grueso. Dos días después una astilla de una viga abrió á Sickingen todo un costado de su cuerpo, y herido fué transportado á una cueva abierta en la peña; allí al saber que toda resistencia era inútil y habiendo perdido toda esperanza de socorro capituló, y en 7 de mayo entraron los vencedores y los príncipes sus contrarios y visitaron al herido en su lecho. Al ver allí Sickingen á su legítimo señor feudal, el landgrave de Hesse, quitóse respetuosamente la gorra y quiso levantarse. El conde palatino se lo impidió con un gesto amable, pero el arzobispo Ricardo, y según algunos también el joven landgrave de Hesse, con sus reconvenções hicieron todavía mas penosa la situación del vencido, que contestó al arzobispo: «Sobre eso habría mucho que decir y no sin causa.» Poco después de haber abandonado el subterráneo los príncipes, expiró el temido guerrero á la temprana edad de cuarenta y dos años, al cual al nacer los astrólogos habían pronosticado un gran porvenir. En el castillo de Ebernburg había estado Sickingen rodeado de un lujo de príncipe, y muerto ya fué llevado en una simple caja por dos hombres al sepulcro de Landstuhl.

El fin de Sickingen fué trágico. Tenía talento y capacidad para concebir ideas nuevas; pero gastó sus fuerzas y recursos en el proyecto de restablecer el antiguo régimen feudal y los privilegios y barbarie de la nobleza baja, siempre con el propósito egoísta de satisfacer su ambición cada vez mayor, para

cuya realización se hizo partidario de la causa de la nobleza baja y de la reforma religiosa. En gran error estaban los que creían ver en aquel noble bandolero á un Ziska alemán que con brazo inflexible se hiciera «ejecutor de la justicia.» El pueblo alemán tenía deseos de un verdadero héroe popular y por eso fijó en Sickingen sus esperanzas. Mas que Sickingen había sido Hutten un héroe apasionado como lo deseaba el pueblo, pero tampoco Hutten tenía talento práctico ni siquiera político, porque la idea política que mas defendió era una liga imposible entre las ciudades y la nobleza baja, como la tuvieron quizás algunos emperadores de los siglos XIV y XV, y que á haberse podido realizar hubiera hecho entrar quizás la nacionalidad alemana en otra senda. El tiempo había cambiado y las ciudades ya no podían hacer causa común con la nobleza de horca y cuchillo, á la cual tanto odiaban por su salvaje brutalidad y que en el parlamento se asociaba hasta con los príncipes para hacer la guerra á las ciudades, cuyo lujo y riqueza le parecía un crimen. Verdad es que la exhortación de Hutten á las ciudades libres de Alemania tenía frases que debían ser del gusto de las ciudades; pero en aquel escrito no dijo nada de la tiranía y codicia insaciable de los príncipes. No había tampoco en general ardor suficiente en todo el escrito, y como al final dice que la exhortación le había sido inspirada por el vino de la Francia libre, esta confesión no era á propósito para despertar gran confianza en el autor. Con igual objeto publicó otro escrito Kettenbach, pronosticando á las ciudades libres, en caso de no aliarse entre sí, su sumisión al despotismo de los príncipes y nobles unidos. Este escrito habla, por lo demás, con el mayor desprecio de Carlos, á quien trata de niño gobernado por sus ayos. Lutero, cuyo nombre le servía de escudo, trataba entonces á los príncipes con mas rigor y no es extraño que sus adversarios le hayan acusado de haber estado en inteligencia con Sickingen. No obstante, Melancton condenó á la sazón en su nombre y en el de Lutero los ignominiosos hechos de bandido de Sickingen y los lamentó como en extremo perjudiciales á la causa evangélica; y el mismo Lutero vió en la caída de Sickingen, que en otro tiempo le había brindado con su protección, la justicia admirable de Dios.

Muchas ciudades no vieron por cierto con buenos ojos el triunfo de los enemigos de Sickingen. Estos propusieron una unión amistosa en una asamblea de las ciudades; pero la proposición no fué aceptada, conviniendo solo las ciudades en dirigirse á la liga de Suabia para rechazar unidas el proyecto del impuesto de aduanas. Ulmann dice con razón que las ciudades del imperio no podían seguir el mismo camino que la nobleza mientras ésta no cambiara de conducta, y no hay tampoco nada que autorice á creer que Sickingen hubiera tenido la idea de aliarse con el pueblo bajo, pues en sus vicisitudes no mostró jamás la menor sombra de sentimientos democráticos.

La obra de los príncipes enemigos de Sickingen fué completada por la campaña que la liga de Suabia abrió contra la nobleza de Franconia. Esta liga se había prolongado en marzo de 1522 y poco tiempo después se había decidido el exterminio de Tomás de Absberg y de todos sus colegas, es decir, de los nobles de Franconia que no se presentasen y justificasen su conducta ante el tribunal de la liga. En vano aquellos nobles buscaron la protección del gobierno y del tribunal imperial: la liga declaró que no reconocía la jurisdicción superior del gobierno ni del tribunal, y á consecuencia de la resolución tomada en una asamblea celebrada en junio de 1523 en Nordlingen, en la Franconia, envió un ejército de mas de 13,000 hombres, sin hacer caso de los consejos contrarios del gobierno. Los nobles ni siquiera hicieron

resistencia; en pocas semanas quedaron reducidos á ruinas veintitres castillos y en 17 de julio entró el ejército vencedor en Nuremberg sin curarse del gobierno, que residía en la misma ciudad y cuya impotencia quedó con este golpe enteramente manifiesta. Verdad es que el feroz Absberg pudo ponerse á salvo de la persecución y continuar todavía años sus atrocidades, sembrando el terror en todos los caminos y carreteras con sus secuaces hasta que un posadero judío le asesiné una noche durmiendo, por encargo de la ciudad de Nuremberg. Con la muerte de Sickingen y las operaciones de la liga de Suabia la anárquica nobleza recibió su golpe de muerte y el mismo marqués Casimiro de Brandeburgo, enemigo mortal de la ciudad de Nuremberg y al cual se acusaba de estar en relaciones íntimas con la nobleza bandolera, empezó á temer la venganza de la liga de Suabia viéndose abandonado de todos sus protegidos.

Mucho antes de la caída de Sickingen había sucumbido también Hutten, enfermo y abandonado casi por todo el mundo. Había rechazado un brillante ofrecimiento del rey de Francia, lo cual por cierto no habría hecho en igual situación su antiguo protector Erasmo. Este dió á entender con fría cortesía á Hutten que no quería comprometerle con su visita en Basilea, donde se hallaba, y vió con satisfacción que se trasladaba á Mulhouse, donde también se vió perseguido por el fanatismo de los católicos, hasta que en Zurich el noble Zwinglio se apiadó de aquel infeliz. Entretanto, Erasmo, en un escrito quiso excusar la conducta que había observado respecto de Hutten, en cuyo mismo escrito se separó de Lutero en toda forma. Hutten, excitado por la pusilanimidad y egoísmo del gran humanista, contestó con otro escrito, y Erasmo replicó calificando á su adversario de hombre empobrecido por su propia culpa, que habiéndose hecho salteador de caminos se había valido de escritos literarios para realizar extorsiones y del nombre de luterano para encontrar protección y manutención, y era tan valiente porque nada tenía que perder. En una carta dirigida á Melancton dice Erasmo que Hutten era fanfarrón miserable que faltó de todo recurso y víctima de una enfermedad asquerosa, había buscado en su casa un retiro cómodo. Hasta Zurich persiguió Erasmo con su odio á Hutten, que cuidado solícitamente por Zwinglio murió á fines del verano de 1523 á la edad de 35 años en la isla de Ufnau. Zwinglio dijo que solo había dejado una pluma de escribir por toda herencia. No obstante, no murió desesperado, porque poco antes de morir escribió su última obra: *In tyrannos*, en la cual decía que la Alemania no soportaría el estado en que se encontraba y que pronto expulsaría á los tiranos. Envío aquella obra á Eobano Hessius, que no se atrevió á publicarla por considerarla demasiado peligrosa. Hutten, careciendo de toda relación con Alemania y tratado con cariño y respeto por Zwinglio, Ecolampadio y Blarer, no llegó probablemente á saber el abismo que se había abierto entre él y los antiguos amigos de Wittenberg, ni que Melancton en tono de menosprecio le calificaba de abogado, no autorizado y aun desleal, de la causa de Lutero, diciendo: «Para nosotros eran las malas consecuencias, mientras él acaso se estaba regalando en tabernas y bodegones ordinarios.» Así se llegó á hablar en Wittenberg del varón cuyo espíritu Lutero había querido agregar algún día al suyo propio. Strauss y otros autores insisten en afirmar que en las últimas cartas de Hutten se habla mucho de la diosa fortuna y que nada recuerda el matiz cristiano-teológico de antes; pero el hecho es que Hutten, tanto en su escrito contra Erasmo como en una exposición que dirigió al consejo municipal de Zurich, se dice «partidario decidido de la causa de Cristo y de su palabra y Evangelio incontrovertibles.» Verdad es que Melancton supuso con razón que para Hutten no era idéntica la causa